

Espiritualidad del catequista

ALFONSO FRANCIA*

PÓRTICO

Al abordar este interesante tema para la Iglesia de hoy en *Sinite*, que se define como *revista de pedagogía religiosa*, me parece de más interés expresar en voz alta algunas constataciones, reflexiones y propuestas que nacen de la práctica de cada día, desde nuestro conocimiento de la realidad de los catequistas de España.

No será mi principal preocupación hacer síntesis de las grandes teorías teológicas y catequéticas. Prefiero situarme a medio camino entre los catequetas, los catequistas, los párrocos y animadores de la comunidad cristiana y los destinatarios de la catequesis (adultos, jóvenes o niños).

ESTA ESTATUA SÍ HABLA

El escultor cavilaba sobre una estatua que tenía en mente. Era afición y era encargo. Ya sabía por qué la quería, para qué la quería, dónde la quería.

En teoría podría elegir el bronce, el hierro, el mármol, la piedra o la madera... Le costó decidir pero conociendo el tiempo de que disponía, la función asignada y el lugar donde se colocaría se decidió por la madera. ¡Suponía renunciar a los otros materiales; era duro para él! Pero la alegría de la estatua le compensaba con mucho.

*Catequeta y formador de animadores de pastoral.

Aún le atormentaron otros pensamientos. Es que en aquel enorme tronco había mil estatuas diferentes encerradas que gritaban por salir. Él iba a optar por una sola. Es decir, rechazar las otras mil posibles.

Y además la historia ingrata le haría pasar como gran artista porque de las mil posibles sólo hizo una. Y porque su labor consistió –solamente– en quitar trozos, lo que estorbaba hasta liberar la estatua allí encerrada, la que él más quería.

1. APROXIMACIONES

En la personalidad del catequista, la materia prima la pone Dios, que es al mismo tiempo creador-artista. Dios sí saca las mil estatuas posibles. La del catequista es una de las más queridas, de las más suyas.

El catequista, a su vez, –imagen de Dios y de Cristo Salvador– es creador-artista y materia prima.

Se modela a sí mismo según el modelo que tiene a la vista: Cristo.

El éxito del artista está en sacar el máximo partido a la materia que siempre es noble, sabiéndola trabajar, quitando, limando... hasta parecerse lo más posible a la imagen ideal para que luzca en el lugar de su asentamiento.

El catequista puede lograr artísticamente ser la persona y creyente que conviene en cada situación y momento.

Y como Dios es siempre el mismo y lo mismo, «amor creativo»; como es la invariable, invariablemente «amor creativo» siempre, quiere decir que para que la suma o la multiplicación –en personalidad humana y en espiritualidad del catequista– crezca, debe crecer la variable que es el catequista.

Lo hará armónicamente como crecen los árboles y las plantas, y como maduran los frutos. El agua, el alimento, el aire, la realidad del entorno... va

formando parte de nosotros, van siendo nosotros. No hay más que una única realidad: la persona.

Yo soy, como dice Zubiri, siempre el mismo pero no siempre lo mismo. El catequista va haciéndose al ambiente, con el ambiente, para el ambiente.

El catequista es el creyente cristiano enviado por la Iglesia para evangelizar.

Si bien todo cristiano convencido intenta en todo tiempo y lugar presentar a otros su experiencia de Cristo y la salvación que nos trae, nos pararemos sobre todo en el catequista «oficial», el convocado explícitamente para anunciar, proponer y ampliar el Reino de Dios.

No consideramos aquí el precioso testimonio evangélico de tantos educadores –padres, madres, abuelos, profesores, animadores sociales, gente de movimientos, creyentes en cualquier profesión...– que saben evangelizar con el ejemplo, con la palabra y con los medios a su alcance.

Ahora consideramos al catequista, con conciencia de tal, enviado y reconocido como tal por la Iglesia, aunque no tenga diploma ni el estatus de catequista no sea catalogado como ministerio a pesar de las incesantes demandas de muchos.

2. ¿ES NUESTRA ÉPOCA PROPICIA A LA ESPIRITUALIDAD?

Está casi generalmente admitido que en nuestra época caminamos en el mundo hacia una mayor espiritualidad, por razones diferentes y con rasgos todavía poco definidos y estudiados.

Una serie de datos, venidos unos del mundo cristiano y otros de fuera, nos hacen ver realidades y pensar en perspectivas.

- a) La cultura occidental y cristiana descubre la riqueza de la cultura-religiosidad oriental. Supone un enriquecimiento.
- b) La amenaza comunista impulsó, por una parte, la militancia cristiana haciendo creyentes más identificados con el Evangelio y más luchadores. Por otro lado, la identificación con el bloque económico-político-cultural occidental de muchos creyentes, ha producido una espiritualidad *light* y, al mismo tiempo, otra más inconformista, de no connivencia, de más o menos confrontación y condena.
- c) El Vaticano II, con lo que tuvo de revulsivo, de nuevas realizaciones, de vuelta a las fuentes de la fe y de los carismas congregacionales, dio cauces y estímulos para una espiritualidad más de los principios y más originales.
- d) La aproximación a la Biblia y de la Biblia a la vida, a la liturgia y espiritualidad del creyente, de las comunidades y de la Iglesia en su conjunto, ha sido una fuente de espiritualidad más sana y más vigorosa.
- e) La proliferación de movimientos nuevos con una fuerte espiritualidad y gran impulso misionero ha integrado a muchos creyentes y ha estimulado ciertos valores quizá un poco olvidados
- f) La aportación de la teología de la liberación y de los grupos con opciones más radicales por los pobres y excluidos ha mantenido y estimulado las opciones más valientes de la tradición de la Iglesia profética.
- g) La mutua simbiosis de creyentes y el voluntariado social y misionero.
- h) La proliferación de publicaciones (libros, revistas...) que tratan de temas relacionados con la espiritualidad ha concienciado y ayudado a potenciar ésta.
- i) La aparición de numerosas casas de espiritualidad ha favorecido el desarrollo de las distintas espiritualidades.

3. LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Por espiritualidad entendemos «vivir bajo la acción del Espíritu». Y en ese vivir entra toda la realidad de la persona, su ser profundo, su identidad. No se trata de actividades, ni medios, ni ideología ni idearios religiosos, ni proyectos de vida... Es la vida misma, la manera de vivirla, de «vivirse», de ser. La espiritualidad es constitutiva de la identidad. Y la identidad personal está constituida por la espiritualidad, como elemento conformante, no como elemento puramente integrador o añadido.

Para von Baltasar la espiritualidad es «la actitud básica, práctica o existencial, propia del hombre, y que es consecuencia y expresión de una visión religiosa –de un modo más general, ética– de la existencia».

Es la persona entera la que está «formada» por la espiritualidad. Dios no es un elemento añadido a la persona. Forma parte del ser, de la identidad del cristiano.

La fe no existe como elemento nuevo que se incorpora y se integra en la persona, existe como elemento constitutivo del creyente. La espiritualidad es connatural al hombre, forma parte de su identidad. Su falta indica que no se ha asumido plenamente su ser de persona. Por eso, no puede haber distanciamiento entre antropología, teología y espiritualidad.

La espiritualidad cristiana hace referencia a Cristo, Dios y hombre. Supone que se vive en Cristo y que Cristo vive en nosotros, sea el que sea el estatus en la comunidad cristiana: sacerdote, religioso, laico.

El «ya no soy yo, es Cristo que vive en mí», de Pablo, o la imagen de la vid y el sarmiento, nos sitúan en la realidad profunda de la espiritualidad cristiana. No es, solamente, seguir la ética o moral de Cristo, o asimilar su ideología o esquema de valores etc. Es –valga la imagen– vivir la misma vida, con la misma sangre que corre por el cuerpo y el alma. Es identificación, no

como esfuerzo de cada uno, sino por «gracia» de Dios, Padre, Hijo y Espíritu, que nos «deifican» por un lado y nos hacen hijos y hermanos (filiación-fraternidad), por otro.

Desde esta perspectiva, no resulta difícil entender y vivir la dimensión eclesial de la fe y de la espiritualidad. Vivir en Cristo es vivir en Iglesia, que es más que vivir en comunión de verdades, de afectos y de actitudes morales. Pues la vida de Cristo corre por la vida de la Iglesia y llega a todos sus miembros con la salvación. Y eso, lo mismo si se define a la Iglesia como misterio, o como cuerpo místico, o como misión, o como comunión, o como pueblo de Dios, Familia de Dios, etc. El envoltorio ideológico, teológico o pragmático no cambia la realidad profunda.

Vivir en Cristo es vivir su vida, sus inquietudes, su misión, su pasión por las personas, por crear familia o Reino de Dios. Por eso, no se entiende una espiritualidad cristiana sin vivir la filiación y la fraternidad entre los creyentes y entre todos los mortales. Dios ve a todos como hijos, no discrimina por bondades, razas o creencias. Está de parte de los más débiles y de los pecadores. De forma gratuita.

Dios es como el viento.

Eran las nueve de la mañana. Volvía yo de una eucaristía. Me abordó un viejo amigo, excelente persona aunque alcohólico, y sin ningún otro saludo me dijo: «Dios es como el viento, no se ve pero se respira». De su boca salía el mensaje del aguardiente. De su corazón salía el mensaje del creyente y del amigo.

La espiritualidad nos envuelve, nos mantiene y en la medida en que respiramos bien tenemos más salud y más vigor.

También nos vale, hablando de espiritualidad, la conocida leyenda hindú. Érase una cabra montesa que hace ya muchos años sentía siempre en su

hocico la fragancia del olor del musgo, lo mismo de noche que de día, en la montaña o en la llanura, en lugares de arboledas y malezas o en zonas desérticas. Al principio lo disfrutó y se alegraba de ese regalo de la naturaleza. Pronto le picó la curiosidad: de dónde provenía ese perfume. Indagó por los alrededores, olisqueó todo lo que encontraba. Ningún olor tan fuerte y agradable como aquel. Los otros casi ni los olía.

Pero se empeñó en encontrar el origen del perfume. Corrió montes y valles, vadeó ríos, buscó en prados y pastizales... Nada. La curiosidad le obsesionaba cada vez más. Otros perfumes le atraían también. Eran más fuertes que nada sus ansias de conocer las fuentes del perfume.

Sus largas y duras correrías le producían tal hambre que no siempre la podía saciar. Se debilitó. Pero siguió corriendo cada vez por sitios de mayor riesgo. Un día casi extenuada la pobre cabra, cuando subía a una escabrosa montaña, resbaló, cayó y se hizo mortales heridas. Se lamió el pecho sangrante, y oh maravilla, descubrió el gran secreto que tanto le hizo cavilar, buscar y hasta sufrir: el perfume estaba adherido a su propio cuerpo, en el portamusgos que tienen todos los caprinos de su especie.

La cabra aspiró fuertemente el aroma, suspiró por su ignorancia, su obsesión y su ceguera. Murió triste, con sensación de haber hecho mil cosas inútiles, como haber perdido la vida.

Con otras palabras había dicho lo mismo San Agustín: *«Muy tarde te he amado, Belleza siempre antigua y siempre nueva, muy tarde te he amado. Estabas dentro de mí, pero yo estaba fuera y sin belleza y me lanzaba en busca de esa hermosura que tú has creado y que, sin ti no podía existir. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo».*

4. ESPIRITUALIDADES PARA TODOS LOS GUSTOS Y SITUACIONES

Estamos convencidos de que cada uno caminamos hacia más, hacia la perfección, la plenitud. También la Iglesia. Y también la humanidad. Hacia el punto Omega.

Si Dios se encarna en la psicología de las personas y en la sociología de los pueblos, cada generación ha vivido la fe, la esperanza y el amor, de forma diferente. El Espíritu va desvelando progresivamente facetas o dimensiones nuevas. Cada época tiene sus hallazgos y sus lagunas.

Intentamos reflejar aquí una cierta tipología de espiritualidades de catequistas. Ninguno está perfectamente reflejado pero ofrece rasgos que retratan a muchos.

La diversidad de espiritualidades depende de los temperamentos, de las experiencias vividas, del contexto social y religioso, de los procesos formativos y otros difícilmente catalogables.

En el panorama actual español, en mayor o menor medida, nos encontramos con espiritualidades muy diversas.

De:

1. *Intermitencias o flashes*. La espiritualidad del catequista depende del lugar, del estado de ánimo, del grupo o comunidad de referencia. Es como las estaciones del año. Son como nubes. Las crisis se suceden también como las nubes y los claros.
2. *Liberación*. El catequista se siente fuertemente condicionado por las situaciones de marginación o exclusión, leídas desde claves evangélicas que obligan a apostar por la liberación integral a través de un proceso que parte de la realidad. Las interpreta desde opciones radicales,

basadas en el ejemplo de la liberación del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, en el mensaje del Magnificat y en la imitación de Cristo (bienaventuranzas, Juicio Final, y del testimonio mismo de su vida).

Una espiritualidad liberadora parte de la persona en su situación de opresión socioeconómica, cultural, política y moral e impregna ideología, estructura sociopolítica, relaciones intraeclesiales y métodos pastorales. Hay quienes viven esta dimensión como método y no como una espiritualidad que envuelve a toda la persona y obliga a opciones de fraternidad. Sufrir con el que sufre, luchar con el que lucha, cantar con quien canta... Y eso, con conciencia de pueblo oprimido, pueblo de Dios esclavizado.

No se puede confundir, es evidente, con los nacionalismos y etnias del Primer Mundo que enarbolan agravios para lograr mayor bienestar para su grupo o su etnia.

Hay expresiones que reflejan egoísmos muy bien disimulados, incluso con recurso al poder y a la violencia, más o menos con apariencias de modernidad y de democracia, hasta de evangelio. Todo para defender los propios intereses, que no reflejan la mínima solidaridad con los más excluidos ni entienden de la conversión de los pecados. La conversión conllevaría la justicia, la igualdad y la fraternidad universal.

Cuando hay cristianos que lamentan la existencia de las fronteras, pues todos somos hermanos, otros se empeñan en crear fronteras o resucitarlas. Las peores son las que se forman en la mente y en el corazón.

3. *Intimista*. La del que dice encontrarse con un Dios en lo más profundo de su ser. Vive como en campanas de vidrio, preocupado por estar bien con Dios, cuida su pureza de corazón, lleva a cabo actividades religiosas sin repercusión social, busca el agradar a Dios para que le mire con agrado. La espiritualidad personal, de grupos, movimientos o comunidades cuida la sinceridad de vida religiosa, casi en exclusiva, en su relación con Dios, tanto si tienen una visión y vivencia de Dios como Padre bondadoso como si lo ven como Juez justo que pesa y sobrepesa toda nuestra vida.
4. *Intelectualista*. Refleja una espiritualidad de dogmas, de principios, de lógica. Las ideas y las verdades deben ser claras y distintas. La razón

cuenta y es privilegiada sobre otras dimensiones de la vida. Muy a menudo, la Iglesia institucional bascula entre una línea intelectualista del evangelio y de la catequesis, entre una línea moralista y normativa y entre una línea profética y testimonial de inserción liberadora en la sociedad.

Al seminarista muy a menudo se le hace más un teólogo que un pastor. Y la catequesis se confunde con catecismo, pequeño tratado de dogmas o verdades que hay que aprender.

5. *Moralista y normativa.* Se centra en la moral, las actitudes y los hechos. En las normas cumplidas que reconcilien con la propia conciencia, con Dios y con la Iglesia.

«Los hechos son los que valen», asegurarán para justificar su moral que puede llegar al voluntarismo, al perfeccionismo.

Las actitudes morales, que son signo de una espiritualidad auténtica, se desvirtúan cuando son expresión de miedo, de autocomplacencia, de confundir los hechos con la vida. Cuando se absolutizan las normas o la institución, se da la espalda a Dios, único absoluto, y a las personas. Se camina en dirección contraria a Dios y a la persona aunque se multipliquen absoluciones, eucaristías o indulgencias. Sólo Dios es absoluto, y las personas a las que Dios se ha empeñado en absolutizar. Si Dios pone a la persona como centro, nadie puede «descentrarla», «relativizarla», «aparcarla».

6. *Narcisista.* Expresión del ensimismamiento complaciente por lo que se es, por lo que se dice, por lo que se hace. El narcisismo religioso es una rama del narcisismo psicológico, que tiene también una vertiente social: grupos con conciencia mesiánica, de ser elegidos, preferidos.

7. *Comunitaria.* Cada día los catequistas toman más conciencia de que la comunidad es más necesaria para la vivencia, purificación y maduración de la fe; y para llevar a cabo una misión más auténtica, más evangélica, más segura y más eficaz.

La fe es vivida en comunidad y la espiritualidad comunitaria ofrece mayor garantía en cuanto a la fe se refiere. Cristo sigue viviendo con una comunidad de discípulos que por muy cobardes, limitados y pecadores que sean, comparten con él el amor del Padre y la misión salvadora.

8. *Encarnada*. Conforme la fe está entroncada en la vida; conforme se mira en el Evangelio que es encarnación pura; conforme se parte de la realidad de cada uno y de cada situación, se vive una fe más encarnada. Cristo tomó carne, se encarnó, se hizo en todo igual menos en el pecado, porque no podía pecar. Sólo alguno sospechó o creyó que era hombre y Dios, los demás no vieron más que a un hombre de gran categoría, hasta un profeta, un elegido de Dios, pero hombre solamente hombre. Y así a lo largo de toda la historia, es en la realidad de cada día, buena o mala, agradable o desagradable, donde se realiza el reino y la salvación.
9. *Acomodaticia*. Una fe y espiritualidad de quita y pon. De circunstancias. Dependiendo del punto de vista del momento o de la situación, de la mentalidad o el carácter del cura, de los colaboradores de la parroquia, del tipo de actividades que se organicen, de la responsabilidad que se me da o se me quita...
10. *Ligh*. Demasiado suave, complaciente, poco comprometido, con una vela a Dios y otra al diablo. Sin riesgos ni radicalismos. Al alcance de todos los bolsillos. Nada exigente. Todo acaramelado y dulzón.
11. *De retazos*. Toma unas cosas de aquí, otras de allá: ideologías, religiones, cultura de la época... Nada definido, ni consistente, ni armónico. Una especie de mosaico: elementos más o menos integrados. Le falta armazón. Eclecticismo subjetivo y facilón. Espiritualidad a la carta.

5. EL PERFIL NECESARIO DEL CATEQUISTA IMPRESCINDIBLE

Por suerte Dios nos ha hecho diferentes y la vida agranda las diferencias. Ojalá agrande también la mente y el corazón.

Cuanto más abiertos, más nos parecemos a Dios que tolera y comprende a todos, ama a todos, confía en todos y espera de todos.

La historia nos prueba el fracaso rotundo –visto desde nuestras perspectivas– de Yaveh con su pueblo. Después de tanta Biblia, tanto profeta, tantos signos y milagros, tanta alianza, tantos premios y castigos... y al final el envío de su Hijo ¿Cuántos de ellos se convirtieron a su mensaje? ¿Cuántos tras la muerte de su Hijo?

Y la historia nos prueba cómo el catequista ideal, Cristo, tuvo enormes fracasos en su vida terrena, «entre los suyos», y a lo largo de la historia.

¿Quién no conoce a catequistas aparentemente bien preparados, que en determinados contextos fracasan, y otros, aparentemente mal preparados, ejercen gran influencia?

Puesto que es imprescindible que existan catequistas para que el mensaje sea visto, leído y oído. Por eso, lo mejor es alimentar en el catequista una espiritualidad lo más auténtica, profunda y transparente posible, desarrollar todas sus capacidades, y adornarle de recursos humanos y materiales.

En la vida de relación, no hay absolutos, dogmas de fe, garantías de eficacia. Evidentemente, un tirador, con escopeta o con arco, cuanto más cerca esté de la diana, cuanto mejor sea la escopeta o arco, cuantas más veces tire, más probabilidades tiene de acertar.

Y eso vale para el deporte, para la guerra, para las fiestas, para la vida en familia...: cuanto mayor sea la capacitación y más numerosos los recursos para lo que se quiere hacer, más garantías de éxito ofrece.

Sí será bueno destacar una serie de aspectos a tener en cuenta.

El catequista está situado en su aquí y su ahora. Ni son iguales las culturas, ni las posibilidades de ser persona libre, ni de vivir su fe en plenitud... Si se mira al microcosmos social que vive, no es lo mismo el centro ciudad, que la periferia, que el barrio marginal, que el ambiente rural, que el complejo

turístico... Ni es lo mismo vivir la fe y ser catequista en un contexto pagano, agnóstico, antirreligioso, que en un ambiente sociológicamente cristiano, con comunidades o movimientos vivos, con sacerdotes bien preparados.

Si esto se amplía al contexto diocesano en que se pueden hacer idénticas consideraciones, se verá lo difícil que es diagnosticar sobre personas, estructuras y posibilidades. Y lógicamente más difícil aún programar y realizar un tipo de vivencia de la fe y un tipo de catequesis concreto, dinámico y encarnado.

Estas reflexiones se suelen hacer para programar una catequesis de calidad (objetivos, contenidos, método, medios...) que parte de la realidad y de los condicionantes –positivos y negativos– y de las posibilidades.

Suele olvidarse lo que condiciona el aquí y el ahora del ser del catequista y de su espiritualidad. Y resulta que esta faceta es la más importante a la hora de seleccionar catequistas, formar su identidad y espiritualidad y a la hora de acompañarle en el proceso de maduración.

Nos atrevemos a indicar algunos elementos del perfil de catequista que en nuestra opinión necesita hoy la Iglesia.

1. *Profundamente creyente*. Con una fe vivida como don de Dios aceptado y enriquecido con el esfuerzo. Una fe que tiene un componente doctrinal –el dogma, fe de la Iglesia–, y una expresión: la actitud vital.

La fe madura supone unos ciertos rasgos que brevemente enumeramos: Fe *interna*, ni material ni fotografiable pero *externa* y visible: se muestra en las obras e invita a «glorificar» a Dios. La fe es al mismo tiempo una realidad *hecha* ya pero que al mismo tiempo sigue *haciéndose* en progreso constante.

La fe es al mismo tiempo *personal* –una respuesta que da cada uno a la propuesta de Dios–, y es *comunitaria*, vivida en comunión con los otros creyentes.

Otras características: la fe *integrada* en la vida e *integradora* de toda la realidad personal. Con capacidad de integrar también en la comunidad, en el grupo humano y en la sociedad.

Una fe *diferenciada*, capaz de distinguir lo importante de lo secundario, lo cierto de lo probable. Capaz de revisarse, renovarse, adaptarse a las exigencias siempre nuevas. Fe *crítica*, que se confronta cada día, a cada momento, con la realidad y la Palabra de Dios. *Abierta* a la vida, al diálogo, al pluralismo. Ni inmovilista ni intransigente ni fanática ni sectaria. Psicológicamente *fundada*, proporcionada a la edad y situación. *Profundizada*, es decir, ni irracional ni gregaria ni visceral ni pura herencia social. Sí razonada, asimilada, sopesada, culturizada, aunque no fundada en puros razonamientos humanos pues es vivida como adhesión a Cristo. *Creativa*, que toma iniciativas, resuelve problemas con responsabilidad y originalidad. Ni clichés prefabricados ni universalismos momificados. *Asociada*, comparte con los demás, logros, dudas, debilidades, esperanzas... Lejos de subjetivismos e individualismos.

2. *Con una identidad cristiana muy bien definida*. No confundida con una religiosidad difusa, con un contexto socioreligioso heredado, con una ideología humanista abierta a lo trascendente, con una religión propia subjetiva, ecléctica, acomodaticia. La identidad cristiana viene fijada por Cristo, por su vida entera, la que está narrada en los evangelios –palabras, actitudes, signos– y la que está más velada por el misterio. Por la Biblia en general y por la vivencia e interpretación de la Iglesia. Ella es la intérprete fiel, la que ayuda a madurar al catequista y la que lo envía a anunciar el reino.
3. *Con un incuestionable sentido y comunión de Iglesia*. Una Iglesia vista, sentida y vivida como comunidad de hermanos que comparten la fe en Jesús. Con hechos y palabras expresan las mismas verdades, celebran las mismas cosas, testimonian el mismo amor de Dios y anuncian la misma salvación.

El sentido y vivencia comunitaria nace más de sentirse miembros del mismo cuerpo de Cristo que de sintonías psicológicas, de la necesidad

de llenar carencias o de potenciar los distintos aspectos de la propia vida y realidad.

En la comunidad cada cual es quien es y mantiene su personalidad, sus vivencias, sus carismas, sus enfoques... con los que enriquecerla, y donde cada uno con sus aportaciones interpela, purifica y potencia.

En la comunidad, cada uno se siente persona, hermano, corresponsable. Nadie es, ni debe considerarse, ni debe ser tratado, ni dejarse tratar como invitado, añadido, asilado o comparsa. Mantiene obligadamente su actitud crítica, como voluntad de Dios que es y como servicio a la comunidad. La comunidad no domestica ni aborrega. Lo contrario, ayuda a crecer, a ser uno mismo. Los talentos nunca deben estar enterrados. Lo que recibisteis gratis, dadlo gratis.

No resulta fácil tener clara conciencia de lo que es una comunidad de fe. Menos aún la manera de vivirla.

El sentido de pertenencia a la Iglesia en general, como se ha vivido tradicionalmente, ha santificado a muchos a lo largo de la historia pero no se puede decir que sea lo ideal.

El sentido de parroquia viva conlleva ya muchos valores comunitarios, próximos a los que Cristo compartió con los discípulos que formó: esperanzas, penas, alegrías y luchas por el Reino.

El ideal de comunidad de talla humana, donde todos se conocen, revisan, comunican, celebran y comparten, es meta imposible para la totalidad pero es posible y necesaria para muchos catequistas, que viven y actúan a la deriva sin grupo de referencia cristiana con todo lo que supone de riqueza para su espiritualidad y su tarea evangelizadora.

La comunidad es origen, lugar y meta de la catequesis, se ha repetido hasta la saciedad. Si la mayor parte de los catequistas no lo han asimilado, si esa enorme laguna dificulta la propia maduración en la fe, se entiende la repercusión sobre los destinatarios, que crecen sin más referencia que su catequista y una comunidad parroquial generalmente difuminada.

Añádase además la tentación de subjetivismo, de individualismo, de pérdida de calidad, de la difícil continuidad y del peligro de formar «la propia Iglesia».

4. *Con pasión misionera.* El catequista tiene conciencia de enviado para anunciar a Cristo salvador y extender su Reino. Por eso va, predica y bautiza. Pero no se quedará satisfecho hasta que no se produzca la conversión, el cambio radical de vida, producida por la aceptación de Cristo hasta las últimas consecuencias.

Y vivirá con pasión la vida, la fraternidad entre todos los hombres. El celo, el fuego le queman, le pone alas a los pies para llegar a donde están los hermanos preferidos, los más necesitados de paz y bienestar, de bienes culturales y morales, de fe en Cristo.

Al catequista le debe interesar lo que interesa a Cristo: la persona, toda la persona, por encima de dogmas y de normas. Y la quiere lo más persona posible, es decir, lo más parecida a él, que también tenía y vivía dogmas, verdades y normas de conducta.

La pasión misionera no casa ni con espiritualismos desencarnados, ni con un bienestar deshumanizado, «desespiritualizado». La salvación consiste en humanizar divinizando y en divinizar humanizando. Y eso, a través de una triple dimensión, que puede ir a veces en un mismo proyecto de catequesis: promoción-educación-evangelización.

Esa realidad sólo es vivida a fondo cuando forma parte de la entraña, de la espiritualidad del catequista y no de un añadido o de una pura opción metodológica.

Esa es la causa de que muchos catequistas actúan en una clave cuando están en el Tercer Mundo o en un barrio, y en otra cuando viven o actúan en otra zona o contexto. Por definición, la salvación de Cristo a la persona, en cualquier ámbito, modalidad y nivel pastoral, pasa por esas tres dimensiones.

Y como es bien sabido, la formación (el ser, el saber y el hacer) del catequista no se reduce a información bíblica, teológica, moral, psicológica... ciencias ciertamente necesarias para catequizar. Debe llegar a lo más profundo de la personalidad y vida del catequista, a su ser, su identidad.

La pasión misionera está en la vida vocacionada.

La nueva evangelización exige ese renovado y redoblado vigor que nace del ser, de la espiritualidad. Porque el hacer, la mejor fuente del hacer, es el ser. La mejor metodología se logra cuando el hacer fluye del ser, y no de técnicas elaboradas con vitola de eficacia, que la tienen en gran medida cuando acompañan a la pasión misionera.

5. *Con claro sentido de comunión con la sociedad.* Es una faceta poco tratada y menos aún impulsada. Esta sociedad actual, la familia humana, es la familia de Dios. En ella está Dios. Hay muchos santos, mártires, profetas, creyentes, agnósticos, ateos, blasfemos... Todos sus hijos. Y si Dios opta también por los más débiles y pecadores, aquí tiene un campo amplio y precioso para trabajar la salvación.

La comunión no es total identificación con el pensamiento y esquema de valores de los otros. Es pensar más en lo común, en lo que une, sin actitud de desprecio, ni condena, ni despreocupación, ni calculado olvido. Se debe vivir en comunión eclesial y en comunión social. ¡Resulta hasta mucho más pedagógico!

Es casi seguro que incluso con la persona que parece más en nuestras antípodas, si logramos comunicarnos en profundidad descubriremos una infinidad de sintonías, a veces en las cosas más fundamentales.

La sociedad para el catequista no es un enemigo a esquivar. Ni a vencer. Ni a condenar. Forma parte de nosotros como la piel. Es lugar de evangelización pero también lugar evangelizador. Esta es nuestra sociedad, el seno materno que hay que amar. Sólo desde unas actitudes positivas, nos realizamos nosotros, y hacemos más posible el Reino.

No se puede evangelizar desde fuera. Ni con otros lenguajes. Tampoco se pide una identificación total en valores y lenguaje.

Hay que reproducir lo de Cristo –plenamente hombre y plenamente Dios–. Somos plenamente de nuestra sociedad y plenamente de la otra. Mi Reino no es de este mundo y lo construyo afanándome por humanizar este hasta el límite de lo posible, hacerlo tan humano y feliz –tan de Dios– como si no hubiera otro y todosuviéramos que vivir aquí.

6. NÚCLEOS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL CATEQUISTA

Nos parece que hay una serie de rasgos religiosos que deben formar la entraña de la espiritualidad del catequista.

1. La idea y vivencia de Dios como Padre, creador de la vida, apasionado por la vida, Padre de todos, puro amor y por eso, comprensivo y misericordioso.
2. La alegría y el optimismo como consecuencia lógica de la convicción del amor del Padre, de la salvación que nos garantiza y de su confianza para contar con nosotros en la extensión de su Reino, que hace también nuestro.
3. La conciencia de debilidad, limitación y pecado, que mantiene en humildad, en actitud de súplica, de hijo necesitado en dependencia de amor con el Padre.
4. La opción por la persona de Cristo, hermano, salvador y amigo.
5. En sintonía con el Espíritu vivificador y revitalizador.
6. Con sentido eclesial, en comunión con la Iglesia y las comunidades, e integrado en una comunidad de referencia.
7. Inmerso en lo cotidiano de la vida, lugar de revelación y de misión. Lo cotidiano vivido como natural y abierto a lo trascendente.
8. Vida sacramental que une más a Cristo, que potencia, consuela, aviva, reaviva los impulsos misioneros y comunitarios; que favorece la unión más estrecha con Dios y con los hermanos...

Aunque los sacramentos por ellos mismos no garanticen la calidad de la fe porque los sacramentos no son fines sino medios, sin embargo la experiencia de los creyentes de todos los ámbitos y latitudes, razas, épocas y edades, dice que la vida sacramental es poderosa palanca que realiza lo que la teología y la teoría pastoral dicen. Sin vida sacramental, no hay fe vigorosa.

9. Servicio responsable. No hay auténtica vivencia evangélica sin amor, sin caridad hecha servicio. «No he venido a ser servido sino a servir», dijo el Maestro, y «el que quiera ser mayor entre vosotros que sea vuestro servidor».

Aunque es cierto, es importante y queda muy bien eso de servidor de la palabra, es necesario ampliar los campos de servicio a otras dimensiones de la comunidad cristiana y de los hombres en general.

Es necesario que la Iglesia se libre de la inflación de palabras y arriesgue mucho más en la caridad hecha servicio y en el compromiso social.

10. En armonía con la naturaleza, como obra, regalo y herencia de Dios. Es signo de su amor y de su confianza: nos la da para re-crearla, defenderla, disfrutarla. Cuanto más amamos la naturaleza, más cerca estamos de Dios, más nos parecemos a Él. Es lugar de revelación. Todo nos habla de Dios. Todo da gloria a Dios.

La espiritualidad franciscana aparece como de las más humanizadoras, divinizadoras, más en sintonía con las generaciones de hoy. De ahí que debiera impulsar una pedagogía nueva o renovada: Dios habla a través de la naturaleza y la naturaleza nos habla y catequiza. Es la palabra de Dios más inteligible para muchos y la que más favorece el diálogo.

11. Con visión creyente de la historia. La historia de los pueblos y la historia personal son lugar de revelación también. Como el pueblo judío, el catequista lee, relee su historia desde claves de fe y ve a Dios presente en todos los pasos del camino. Desde el pasado, interpreta y vive el presente, y desde el pasado y el presente, afronta el futuro con esperanza, con ojos de resurrección. El tiempo es el terreno donde Dios siembra su amor, su misericordia, su fuerza. Y donde nosotros recogemos y sembramos lo que recogemos: semillas de liberación, o de salvación.

12. Conversión permanente. El Espíritu, la espiritualidad, aportan siempre juventud, dinamismo, impulso hacia el futuro y hacia las nuevas metas. Presentar el Evangelio como Buena Nueva obliga a re-novarse para que siempre sea nueva y siempre sea buena.

La rutina preconiza muerte. El Espíritu muere siempre antes que el cuerpo. No se trata de re-novar las ideas, el mensaje oral o escrito. Tampoco re-novar los métodos y adaptarlos a las edades, ambiente y situación. Es, sobre todo, re-novarse, reconvertirse. Por parte de Dios la liberación-salvación está asegurada. Por parte del creyente, la conversión debe ser permanente, ya que no puede ser definitiva.

13. Sentido del dolor, del fracaso, de la enfermedad, del pecado, de la muerte. Son componentes de la vida en general y de la vida de fe. De muy difícil comprensión y más difícil asimilación. Es la piedra de toque de la maduración en la fe. A pesar del testimonio de la muerte de su Hijo, el misterio del dolor pone al Padre y al creyente al borde de lo irracional y para algunos de la blasfemia. Ha hecho que el grano de trigo deba morir para que nazca la espiga y que no haya resurrección sin calvario.

7. CÓMO SE FORMA LA ESPIRITUALIDAD DE NUESTROS CATEQUISTAS

Partiendo de las experiencias –logros, lagunas, dificultades...– quizá valga la pena reflexionar y confrontar algunas consideraciones sobre la espiritualidad de los catequistas:

1. La espiritualidad de muchos catequistas tiene su origen en la infancia (familia, colegio, movimiento...), es decir, proviene de antes de ser catequista (a menudo, mucho antes).
2. Algunos catequistas no tienen ningún proceso serio de formación. A lo sumo unas «palabritas» de acogida y ánimo del señor párroco y unas cortas nociones de lo que es la catequesis, materiales, etc. Pero de espiritualidad no tienen más que el resto de feligreses de su parroquia.
3. En las escuelas de catequesis, muy raramente existen en el programa sesiones de formación del ser del catequista y de su espiritualidad.

4. Los elementos de espiritualidad que salpican el proceso de formación no siempre y en todo es posconciliar.
5. Suele suceder que los catequistas con una espiritualidad muy definida (pertenecen a comunidades, movimientos, congregaciones, etc.), viven una difícil colaboración-adaptación a la espiritualidad que encuentran en la parroquia, a la que le «intentan imponer» o a la falta de toda espiritualidad (porque parece que lo que cuenta es la organización y ritualismo).
6. El recurso a charlas, conferencias y diálogos sobre aspectos de la espiritualidad, no es suficiente: no se enseña a jugar al fútbol sólo con definiciones, descripciones y explicaciones. Ni así se forma una orquesta. Ni se aprende a manejar un ordenador con simples teorías.
7. Algunas propuestas para formar la espiritualidad del catequista.

Quizá no esté de sobra recordar actividades o acciones que se llevan a cabo en algunos lugares y que forman parte de la pastoral o educación religiosa de todas las épocas, para formar la espiritualidad de los catequistas. es lógico que se acentúen unas más que otras según el lugar, las edades, los niveles de maduración y las posibilidades o recursos con que se cuenta...

1. Leer de forma reflexiva, rezada y orientada, la Palabra de Dios.
2. Leer, reflexionar, dialogar sobre libros de espiritualidad con suficientes garantías.
3. Entrar en contacto con creyentes que sienten, orientan su vida y vibran por su espiritualidad.
4. Hacer un proyecto de vida espiritual concreto, detallado y flexible, no encorsetado.
5. Formar parte de alguna comunidad, movimiento o asociación que vive una clara opción cristiana.

6. Entrar en contacto con testigos de la fe de otros tiempos (santos, profetas, místicos, modelos de vida).
7. Habitarse al método de lectura evangélica, de revisión de vida o de algún otro que ponga en relación la fe y la vida.
8. Llevar a la oración y al diálogo la realidad de cada día: lo que pasa en el propio interior, en el entorno, en la profesión, en la naturaleza, en el mundo de la política, de la tele...
9. Hacer ejercicios concretos de oración, de servicio, de comunicación de vivencias, de escucha profunda al otro, de contemplación. Aprovechar bien los momentos comunitarios.
10. Organizar o participar en retiros o convivencias en línea de espiritualidad liberadora.

BIBLIOGRAFÍA

Diccionario de catequética, Ed. CCS, Madrid.

Nuevo diccionario de catequética, Ed. San Pablo, Madrid.

Catecismo de la Iglesia Católica, Asociación de Editores del Catecismo.

TONELLI, R., *Una espiritualidad para la vida diaria*, Ed. CCS, Madrid 1987.

AA.VV., *Personalidad del animador cristiana*, Ed. CCS, Madrid 1991.

Cuadernos de formación permanente, Ed. CCS, Madrid 2001.